

Un lugar común

¿Qué le responderé cuando me diga “muy buen cuento, la verdad muy bueno” y me mire con esa sonrisa y ese brillo en los ojos de las últimas clases que hoy comprendo y que siento tan acá, en la boca, cada vez que hablamos? ¿Le diré gracias, muchas gracias, mejor? ¿O miraré fijamente sus ojos y yo también le sonreiré, nos comunicaremos silenciosamente si ella no pronuncia ni una sola palabra y sólo me alcanza la hoja, me mira y sonrío?

Mónica se acerca. No me mira porque camina con la vista clavada en las hojas que mueve lentamente entre las manos. Cuando está a mi lado, aplasta el cuento contra la madera del banco. Le sonrío. Hay silencio y su cara desconocida. Me dice “la verdad” y luego una pequeña pausa, “es que tu cuento me decepcionó” y lo demás como vinagre en una herida y más palabras que se iban ahuecando en mi cabeza que hervía de odio y de vergüenza.

Mi mirada se fijó en un punto vacío del espacio y los sonidos que me rodean son sólo vibraciones en el aire. Pienso: miente. Pienso: ¿Por qué lo haría? Pienso: ¿Qué hago acá, perdiendo tiempo, cuando lo podría estar usando en cosas más útiles como leer, agarrar un hacha y hacer leña para calentarme en el invierno y no morir como Garcilaso, ahogado en sus propios mocos, o entregarme a la lujuria y al desenfreno de pieles anónimas, o agarrar el auto y dar mil vueltas por la misma cuadra o inmolarme en alcohol o salir ya de acá.

Ahora miro la hoja que tiene un título y debajo un cuento repleto de lugares comunes. Noto que las letras se mezclan en una mancha gris que se mueve junto con la voz de Mónica y la de los compañeros que sólo dicen gracias porque siempre escribieron lo mismo, nunca sorprendieron ni siquiera en negativo, como yo, siempre tan iguales, hijos de moldes idénticos.

Me levanto del asiento y digo profesora (y no Mónica). Digo profesora y una voz pegajosa me sale por entre un par de labios resecos. “Profesora se equivocó”, le digo, y el salón entra en un silencio de caverna. “Se equivocó conmigo. Y a pesar de todo lo lamento por vos, tan seria pero a la vez con esa sonrisa y tus intenciones, me doy cuenta... Pero elegiste esto, incinerarme en una hoguera de palabras, frente a todos, para que coman de mi carne, como caníbales. Mónica (y no profesora), tu vida es un lugar común”

Luego, el portazo y el viento de la calle que me lleva casi sin darme cuenta hacia una librería.

Federico Depetri